

Luz de vida

Basado en Juan 12:46

“Yo soy la raíz y el linaje de David, la estrella resplandeciente de la mañana” (Apocalipsis 22:16).

CUANDO EL SOL se levanta por el este no tiene el brillo ardiente del mediodía, sino que se asoma por el horizonte con una luz mortecina que aumenta paulatinamente. Así vino Jesús: primero, en Belén, discretamente; pero aumentando día tras día.

Cuando sale el sol los pajarillos cantan con alegría. Dios hizo que esa gran bola de fuego se levantara con tanta suavidad que no asustara a ningún gorrion. Tampoco se asustan las flores del campo porque el gran sol vaya a inundar el cielo. Todas ellas abren sus cálices para beber la luz dorada y, así, recuperar la lozanía.

Lo mismo sucede cuando Jesús brilla en el corazón. Es así de sencillo y discreto. Que Jesús habite el corazón significa que ya no hay oscuridad. Cuando Jesús entra en el corazón, expulsa la oscuridad de la ignorancia, la tristeza, el miedo y la desesperación. “Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciera la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo” (2 Cor. 4:6).

“Es privilegio y deber de todo cristiano tener grande y bendita experiencia de las cosas de Dios. ‘Yo soy la luz del mundo’, dice Jesús, ‘el que me sigue no andará en tinieblas, mas tendrá la lumbre de la vida’ (Juan 8:12). ‘La senda de los justos es como la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto’ (Prov. 4:18). Cada paso que se da en fe y obediencia pone al alma en relación más íntima con la luz del mundo, en quien ‘no hay ningunas tinieblas’. Los rayos luminosos del Sol de Justicia brillan sobre los siervos de Dios, y estos deben reflejarlos. Así como las estrellas nos hablan de una gran luz en el cielo, con cuya gloria resplandece, así también los cristianos deben mostrar que hay en el trono del universo un Dios cuyo carácter es digno de alabanza e imitación” (*El conflicto de los siglos*, p. 468).

En este mundo quizá tengamos que andar por el valle de sombra de muerte. Pero en el Padre de las luces, “no hay mudanza, ni sombra de variación” (Sant. 1:17).

Lleve con usted la luz de Jesús.

Cómo empeorar las cosas

Basado en Juan 13:15

“Porque el Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por todos” (Marcos 10:45).

CUANDO nuestro hijo menor era adolescente, su idea de una habitación ordenada no era precisamente la mía. Rara vez se hacía la cama y tenía toda la ropa esparcida por el suelo. En cierta ocasión, le había estado instando a que limpiara su cuarto y prometió que lo haría. Pero no lo hizo.

Seguí recordádoselo, pero no sirvió de nada. De hecho, parecía que cuanto más se lo mencionaba, peor se lo tomaba. Además, mi insistencia llegó a afectar nuestra relación. Mi hijo empezaba a molestarse. Me di cuenta de que el problema ya no era la habitación desordenada, sino que se había transformado en una lucha por el poder.

Era preciso cambiar de estrategia. Era preciso decidir algo. Si seguía insistiendo en el tema de la manera que lo había hecho, además de una habitación desordenada, tendría un hijo que me habría perdido el respeto. Entendí que la única manera posible de conseguir una habitación limpia y una buena relación con mi hijo pasaba por intentar algo inusual e inesperado. Algunos dirán que me dejé acobardar y me rendí como cabeza de familia. Pero, gracias a Dios, la cosa no terminó así.

Después de que mi hijo se fuera a trabajar, comencé mi nueva táctica. Fui a su habitación, hice la cama, colgué la ropa y la ordené. Esa noche, cuando regresó a casa, ninguno de los dos dijo nada al respecto.

Al día siguiente volví a ordenar su habitación, pero esta vez no fue tan difícil porque ya la había limpiado el día anterior. Cuando volvió a casa, de nuevo ninguno de los dos dijo nada al respecto.

No creerá lo que sucedió luego. Al día siguiente fui a su habitación y descubrí que él mismo la había ordenado y limpiado. Y eso fue todo. Ahora que ya es adulto, mantiene su casa limpia y en orden.

Es cierto: las acciones hablan con más fuerza que las palabras. Lo invito a recordar las palabras de Jesús: “Porque ejemplo os he dado para que, como yo os he hecho, vosotros también hagáis” (Juan 13:15).

Podríamos ser una bendición extraordinaria

Basado en Juan 13:15

“Hallándose en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz”
(Filipenses 2:8).

CUANTO MÁS nos parezcamos a Cristo, más nos esforcemos por servir a los que nos rodean. Un siervo es aquel que se preocupa por los actos y los intereses de su amo. Siempre está dispuesto a mostrarle a su amo que solo quiere hacer lo que le complace y le es de provecho. Jesús vivió para agradar a su Padre, por lo que nosotros tenemos que vivir para agradar a Jesús.

¿Qué obra quiere Cristo que hagamos? La forma de servirlo, nos dice él, es convertirnos en siervos de nuestros hermanos y hermanas en la fe y estar dispuestos a hacer cualquier cosa, por costosa, aburrida o humilde que sea, para ayudarlos. Tal como mostró en la última cena, cuando tomó el lugar del siervo y lavó los pies de los discípulos, nos enseñó qué es realmente amar.

Ser como Jesús implica que queremos vivir para bendecir a los demás. La razón por la que a menudo no somos una bendición para los demás estriba en que pensamos que, gracias a los dones que Dios nos otorgó, somos superiores a ellos o, cuando menos, sus iguales. Si del Señor aprendiésemos a ayudar a los demás con el espíritu de un siervo, podríamos ser una gran bendición.

Al lavar los pies de sus discípulos, Jesús hacía dos cosas: (1) ministraba físicamente, lavando y refrescando sus pies y (2) ministraba espiritualmente, dándoles un ejemplo. Cuando las iglesias socorren las necesidades físicas de los demás, la gente suele abrir el corazón y está dispuesta a escuchar el evangelio.

Así trabajaba Jesús. “Mientras él pasaba por los pueblos y las ciudades, era como una corriente vital que difundía vida y gozo por dondequiera que fuese. Los seguidores de Cristo han de trabajar como él obró. Hemos de alimentar a los hambrientos, vestir a los desnudos y consolar a los dolientes y afligidos. Hemos de ministrar a los que desesperan e inspirar confianza a los descorazonados” (*El Deseado de todas las gentes*, p. 323).

“Si nos humilláramos delante de Dios, si fuéramos bondadosos, corteses, compasivos y piadosos, habría cien conversiones a la verdad donde ahora hay una sola” (*Testimonios para la iglesia*, t. 9, p. 152).

Nuestros ojos no han visto

Basado en Juan 14:1 al 10

“Y si me voy y os preparo lugar, vendré otra vez y os tomaré a mí mismo, para que donde yo esté, vosotros también estéis”
(Juan 14:3).

¿LE GUSTA imaginarse cómo será el cielo? En una semana de oración que dirigía en una universidad adventista, el sermón había versado sobre la venida de Jesús. Durante el mismo, se me había ocurrido mencionar que en el cielo, la relación marido-mujer no será como la hemos conocido en la tierra. Más tarde, una joven se me acercó y expresó su decepción al respecto. En otro momento, un hermano me comentó que, si él y su esposa no podían tener intimidad en el cielo, no quería ir.

Un día, un saduceo se acercó a Jesús y le planteó una situación imaginaria en la que una mujer, viuda de siete maridos, había muerto. Luego le preguntó a Jesús cuál de los siete sería su esposo en el cielo. La respuesta de Jesús fue: “Los que son tenidos por dignos de alcanzar aquel siglo y la resurrección de entre los muertos, ni se casan ni se dan en casamiento, porque ya no pueden morir, pues son iguales a los ángeles, y son hijos de Dios al ser hijos de la resurrección” (Luc. 20:35, 36).

Me encontraba comiendo en un restaurante cuando vi a una pareja que estaba sentada en uno de los reservados. Junto a ellos, en un cochecito de bebé, dormía una niña de unos seis años de edad. Después de observarla con más detenimiento, noté que algo no andaba bien. Cuando, después de comer, salíamos del restaurante, vi que los padres daban de comer a la niña y entonces me di cuenta de que padecía una discapacidad. Aunque, como es de suponer, no los conocía, puse la mano en el hombro de la madre y dije: “Cuando Jesús venga, sanará a su hija”.

Es muy difícil imaginar cómo será vivir en la tierra nueva. Pero una cosa sí sabemos: “Ya no habrá más muerte, ni habrá más llanto ni clamor ni dolor, porque las primeras cosas ya pasaron” (Apoc. 21:4). No habrá niñas discapacitadas, ciegas ni cojas. “Antes bien, como está escrito: ‘Cosas que ojo no vio ni oído oyó ni han subido al corazón del hombre, son las que Dios ha preparado para los que lo aman’” (1 Cor. 2:9).

Más de lo que imaginamos

Basado en Juan 14:1 al 3

“Allí no habrá más noche; y no tienen necesidad de luz de lámpara ni de luz del sol, porque Dios el Señor los iluminará y reinarán por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 22:5).

UNA DE LAS COSAS que un joven espera con más interés es poder obtener el permiso de conducción. Recuerdo el día que presenté el examen teórico en la oficina de permisos. Me concedieron un permiso provisional, lo que significaba que un conductor con permiso definitivo tenía que acompañarme cada vez que yo me ponía al volante. ¿Imagina quién condujo de vuelta a casa? Durante los meses que siguieron a la obtención del permiso, aprovechaba cualquier oportunidad para conducir.

¡Cómo han cambiado las cosas! Ahora, cuando vamos en automóvil, prefiero que conduzca mi esposa. Digámoslo sin rodeos: si antes no quería hacer otra cosa que conducir, ahora me parece una actividad extremadamente aburrida. Conducir me interesaba más antes de obtener el permiso que después.

¡Qué emocionante será cuando Jesús venga y nos lleve a casa con él! Lo ha hecho todo nuevo para nosotros. Será tan extraordinario que no podremos explicarlo. Pero, ¿se imagina cómo será cuando llevemos viviendo diez mil millones de años? ¿Nos parecerá tan excitante y extraordinario como el primer día? Sé que la respuesta es “sí”. Dios es tan extraordinario que necesitaríamos más de una eternidad para conocerlo y amarlo cada vez más. Aunque siempre estará fuera de nuestro alcance, cada vez nos pareceremos más a él.

“A medida que los años de la eternidad transcurran, traerán consigo revelaciones más ricas y aún más gloriosas respecto de Dios y de Cristo. Así como el conocimiento es progresivo, así también el amor, la reverencia y la dicha irán en aumento. Cuanto más sepan los hombres acerca de Dios, más admirarán su carácter. A medida que Jesús les descubra la riqueza de la redención y los hechos asombrosos del gran conflicto con Satanás, los corazones de los redimidos se estremecerán con gratitud siempre más ferviente, y con arrebatadora alegría tocarán sus arpas de oro; y miríadas de miríadas y millares de millares de voces se unirán para engrosar el potente coro de alabanza” (*El conflicto de los siglos*, p. 657).

Si se siente solo y abatido, acuérdesse de qué nos prepara Jesús. ¡Allí nos veremos!

“Yo soy el camino”

Basado en Juan 14:1 al 16

“Jesús le dijo: ‘Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí’” (Juan 14:6).

PROBABLEMENTE alguna vez haya oído a alguien decir: “Cree lo que quieras, lo importante es que creas”. Piénselo. ¿Es verdad? ¿Conducen todos los caminos a Roma? ¿Cómo puede alguien decir que da igual lo que crea, siempre y cuando crea? ¿Acaso no se ha perdido gente que creía estar en el camino correcto?

Por otra parte, ¿qué pasa con los mecánicos que reparan los automóviles? ¿Puede alguien decir que da lo mismo lo que el mecánico crea al reparar el motor siempre que sea sincero? Y podríamos alargar tanto como quisiésemos esta ilustración.

A través de los años, los seres humanos se han inventado cualquier excusa para justificar que no es necesario creer en el Dios verdadero. Todo comenzó en el cielo cuando Lucifer dijo: “Sobre las alturas de las nubes subiré y seré semejante al Altísimo” (Isa. 14:14). Los seres humanos se han creado sus propios dioses, como Buda, Krishna o Confucio, para sustituir al Dios verdadero. Asimismo, también ha habido falsos profetas como Joseph Smith y Mahoma.

Todos esos dioses son, en su origen, invenciones de los seres humanos, que han escogido rechazar al Dios verdadero y crearse sus propios dioses. Para algunos, el mayor de los dioses del hombre es el hombre mismo. Así piensan los seguidores de la Nueva Era, que creen que no necesitamos ningún Dios porque nosotros mismos ya somos dioses. Es bastante obvio que, aunque el ser humano fue creado a imagen y semejanza de Dios, la humanidad no es en absoluto Dios.

Mi esposa y yo servimos durante años en el sur de Asia. Allí pude ver “vacas sagradas”, “monos sagrados” y “árboles sagrados”. Inspirado por el Espíritu Santo, el apóstol Pablo escribió sobre “los que cambiaron la verdad de Dios por la mentira, honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador, el cual es bendito por los siglos. Amén” (Rom. 1:25).

No, todos los caminos no conducen a Roma. En otras palabras, no todos los que hablan del cielo entrarán en él. Isaías 45:22 afirma claramente: “¡Mirad a mí y sed salvos, todos los términos de la tierra, porque yo soy Dios, y no hay otro!”.

Obedezca por amor

Basado en Juan 14:15

“Todo aquel que comete pecado, infringe también la ley, pues el pecado es infracción de la ley” (1 Juan 3:4).

SI RESPETAMOS la limitación de velocidad o nos detenemos cuando el semáforo está en rojo, nadie nos acusa de legalismo. Cuando nuestro jefe nos dice que debemos respetar las normas de la empresa, no lo tildamos de legalista. Sin embargo, cuando se habla de la obediencia a los Diez Mandamientos, parece que siempre habrá quien nos cuelgue el sambenito del legalismo.

En todos los aspectos de la vida la obediencia es necesaria, por lo que el cristianismo no iba a ser ninguna excepción. Creer que se puede ser seguidor de Jesús y, a la vez, desobedecer su Palabra es una contradicción. Nada podría estar más alejado de la verdad. El pecado es desobediencia. La obediencia es ser fiel a la voluntad de Dios en la vida cotidiana.

Oír que quien quiere hacer la voluntad de Dios es legalista, fariseo o murmurador me desconcierta. Si el propósito de su vida es obedecer la voluntad de Dios y alguien dice que usted es todas esas lindezas, no se deje intimidar. Jesús mismo dijo: “Si me amáis, guardad mis mandamientos” (Juan 14:15).

Si alguien no está convencido de querer hacer la voluntad de Dios u obedece solo cuando le conviene, no permita que eso afecte a su compromiso con el Señor. Las Escrituras describen a los que se salvarán: “Aquí está la perseverancia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús” (Apoc. 14:12).

En mi opinión, no hay mayor alegría que hacer la voluntad de Dios y guardar sus mandamientos. Guardar sus mandamientos no es una carga tal que al despertarme por la mañana me resulta penoso pensar que tengo que hacer la voluntad de Dios. Me comprometí a hacer la voluntad de Dios en mi vida sin omitir ni un solo detalle. Eso no me convierte en legalista, porque el legalismo es intentar obedecer la ley de Dios con el propósito de parecer bueno. Sé que si Jesús no gobierna mi vida, desobedeceré. Sé que seré capaz de hacer lo que él me pide únicamente por el poder del Espíritu Santo. Escoja obedecer por amor.

Lecciones de un árbol

Basado en Juan 15:1 y 2

“Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitaré; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiaré, para que lleve más fruto” (Juan 15:2).

HACE ALGUNOS AÑOS, mi esposa y yo compramos un toronjero. Sabíamos cómo cuidar de un huerto, pero no teníamos experiencia con los árboles frutales. El pequeño árbol estaba cubierto de flores. Nos alegró ver que ya en el primer año iba a dar mucho fruto.

El hombre que nos lo vendió nos recomendó que elimináramos las flores. Cuando le preguntamos por qué, nos explicó que el árbol tenía que crecer y que todavía no era lo bastante maduro para dar buenos frutos. Definitivamente, era distinto de las judías verdes. Para obtener una cosecha de legumbres basta con sembrarlas en la estación correcta y, después de algunos meses, ya se pueden cosechar. Pero un árbol frutal tarda años en desarrollarse.

Nuestro pequeño árbol crecía sano. Al segundo año, brotaron tantas ramas que era imposible ver a través de la copa. Sabía que era preciso podarlo, por lo que busqué la palabra “poda” en Internet y descubrí algunas cosas interesantes.

La poda de los árboles es una técnica que usan los hortelanos y jardineros para controlar el crecimiento, quitar la madera muerta o enferma o estimular la formación de flores y frutos. Descubrí que la mejor época para podar es al principio de la temporada, cuando las yemas empiezan a brotar y es posible eliminar los brotes usando tan solo los dedos. El artículo señalaba que muchos hortelanos aficionados caen en el error de plantar el árbol y dejarlo a su suerte hasta que empieza a dar fruto. Sin embargo, la atención cuidadosa y la vigilancia de los árboles jóvenes determinarán su productividad y su longevidad.

Nuestro árbol había echado tantas ramas que la luz del sol era incapaz de pasar a través de él. Así que lo podé de tal manera que el sol pudiera iluminar las ramas interiores y el árbol pudiera ventilarse correctamente; de lo contrario, enfermaría.

El proceso de poda me ayuda a entender lo que Jesús tiene que hacer con nosotros. Si queremos llevar fruto, en la vida hay muchas cosas que es preciso eliminar. Jesús usó las lecciones de la naturaleza para enseñar verdades espirituales. ¿Se le ocurre alguna más?

“La vid verdadera”

Basado en Juan 15:1 al 6

“Yo soy la vid verdadera y mi Padre es el labrador”
(Juan 15:1).

CUANDO YO ERA NIÑO, mi padre siempre cuidó de un huerto. Cada primavera plantábamos maíz, tomates, judías verdes, espinacas y cebollas. Estoy seguro de que también plantábamos otras verduras. Con los tomates y las judías verdes, mi madre hacía conservas para el invierno. Éramos cuatro hermanos y mis padres tenían que ahorrar todo lo que podían. Mi madre también hacía conservas con los melocotones que comprábamos a los agricultores. Aunque cultivábamos hortalizas, nunca tuvimos árboles frutales.

Durante cinco años vivimos en Chile. El principal producto agrícola de ese país es la uva, de la cual se obtiene el vino. No sabíamos que hubiera tantas variedades de uva. A veces, de vuelta del mercado, llevábamos a casa hasta seis variedades distintas y todas ellas eran deliciosas. Cada una tenía su propio sabor. Las uvas también se dan en el clima del Cercano Oriente. Al igual que en los días de Jesús, la uva todavía es un producto importante en el Israel moderno.

Jesús usó la vid como ejemplo para enseñar una de las lecciones más importantes de nuestra relación con él, así como su voluntad para nuestra vida. Dijo: “Yo soy la vid verdadera y mi Padre es el labrador” (Juan 15:1).

Una vid necesita que alguien la cuide. Por eso Jesús dice que, aunque él es la vid verdadera, su Padre se hará cargo de él. Mientras vivió en la tierra, Jesús habló de su Padre celestial. Dijo: “No puede el Hijo hacer nada por sí mismo” (Juan 5:19). Dependía tanto de su Padre como una vid depende del agricultor para que la plante, la fertilice y la cuide. Para obtener la sabiduría y la fuerza que le permitirían hacer cada día la voluntad de su Padre, Cristo dependía enteramente de él. Jesús dijo: “Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre, que vive en mí, él hace las obras” (Juan 14:10).

Así como Jesús dependía cada día de su Padre para decir las palabras que decía y hacer las cosas que hacía, nosotros también dependemos de él en todo cuanto somos y podemos llegar a ser. “En él vivimos, nos movemos y somos” (Hech. 17:28). Esto lo incluye todo, ¿no?

Eliminar lo que carece de valor

Basado en Juan 15:1 al 6

“Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor ni desmayes cuando eres reprendido por él, porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo” (Hebreos 12:5, 6).

A MI ESPOSA y a mí nos gusta salir a dar un paseo cada día. Dicen que caminar es el mejor ejercicio. Donde vivimos hay kilómetros de acera pavimentada, por lo que caminar resulta una actividad agradable.

Una mañana, mientras andábamos, vimos que un mandarinerero extendía sus ramas por encima de la cerca. Estaba repleto de mandarinas; así que tomé un par para comerlas durante el paseo. Pelé una y me llevé un gajo a la boca. Era terriblemente amarga. Más tarde leímos sobre cómo cuidar los árboles de cítricos. El artículo decía que, si no se podan a menudo, vuelven a su estado salvaje. Esto respondió a mi pregunta de por qué la fruta que quise comer por la mañana sabía tan amarga. Era obvio; el árbol nunca había sido podado.

Cuando me enteré de ello, fui donde tenemos plantado el toronjero y, con unas tijeras de podar, corté todos los brotes que crecían fuera de la copa. Nunca darían fruto y, sin embargo, debilitarían al árbol e impedirían que la luz del sol alcanzase el tronco.

Cuando entendí la importancia de podar mi toronjero, comprendí lo que Jesús quiso decir al declarar: “Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitaré; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiaré, para que lleve más fruto” (Juan 15:2).

La poda hace que el árbol frutal crezca sano y, como resultado, dé más fruto. Eliminar los brotes estériles no hace daño al árbol. Así como es preciso podar los árboles para que no vuelvan a su estado salvaje y no den frutos amargos, Dios conoce qué hay en nuestra vida que nos impide crecer espiritualmente o puede hacernos volver al mundo. A diferencia de mi toronjero, que Dios nos “pode” puede ser doloroso. Sin embargo, “sabemos, además, que a los que aman a Dios, todas las cosas los ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados” (Rom. 8:28).

No le pidas peras al olmo

Basado en Juan 15:4

“El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo” (1 Juan 2:6).

RECIENTEMENTE, aprendí algunas lecciones espirituales observando un peral. He aquí una: Para dar peras, la rama del peral tiene que estar unida al tronco. Otra: Las peras no crecen en el tronco, si no en las ramas.

Desde el punto de vista espiritual, de aquí he aprendido que, si queremos ser como Cristo, tenemos que estar unidos a él. Sin embargo, con eso no basta. “El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo” (1 Juan 2:6). Hay quienes quieren permanecer en Cristo, pero no andar como él anduvo. También hay quienes quieren andar como él anduvo, pero no permanecen en él. El meollo del asunto es que quien permanece en Cristo andará como él anduvo; asimismo, quien anda como él solo podrá hacerlo si permanece en él.

Un peral no decide que será un peral, eso está determinado en la semilla de la pera. Tampoco las ramas del peral deciden si dan peras o castañas. El peral es lo que es porque Dios decidió que así fuera. No tiene elección. Sin embargo, permanecer en Cristo y llevar fruto (el fruto del Espíritu) no es algo que hagamos sin pensar. Permanecer en Cristo y vivir como él vivió es consecuencia de una decisión deliberada.

Pero aun cuando tomamos la decisión de permanecer en Cristo y vivir como él, no podemos lograr este ideal por nosotros mismos. Pero no se preocupe, él no nos ha dejado solos para que nos defendamos como podamos. Algunos quizá digan: “He tratado de vivir como Cristo, pero no puedo”. El problema es que no permanecen en Cristo. Permanecer en Cristo es hablar con él en oración y leer su Palabra. Pero hay más; no podemos permanecer en Cristo a menos que vivamos en él. Como ve, todo está relacionado. Vivir es permanecer y permanecer es vivir. Decídase a vivir (permanecer) en Jesús. Ante cada desafío, pregúntese: “¿Qué haría él?”.

Esponjas y espejos

Basado en Juan 15:4

“Por tanto, nosotros todos, mirando con el rostro descubierto y reflejando como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en su misma imagen, por la acción del Espíritu del Señor”
(2 Corintios 3:18).

EN MUCHAS IGLESIAS, el servicio de culto incluye una historia para los niños. Un fin de semana en que yo era el orador invitado, los hermanos me pidieron que me encargara de la historia infantil. Aunque no suelo hacerlo, esa vez accedí. Por fortuna, disponía de un día para prepararla.

Me resulta difícil saber qué decir a los niños, pero recordé una ilustración que había usado años antes, cuando todavía era nuevo en las lides del ministerio. Para la ilustración necesitaba dos objetos: un espejo y una esponja. El espejo y la esponja explican cómo funciona la vida cristiana.

Quizá le interese tomar alguna nota y así poder contar esta historia en su iglesia. La esponja representa la vida. Las esponjas absorben los líquidos. Si derramamos agua en el suelo, usamos una para absorberla. La vida también es como un espejo. Para arreglarnos el cabello nos ponemos delante de un espejo porque, si no, no podríamos ver lo que hacemos.

Aquí viene la relación de la esponja y el espejo con la vida cristiana. Nosotros somos como una esponja y absorbemos todo lo que nos rodea, tanto si es bueno como malo. En la medida en que nuestra cultura tenga más aspectos malos que buenos, tenemos que poner cuidado en no llenarnos con las cosas del mundo. Muchos cristianos no entienden por qué es tan difícil vivir una vida como la de Cristo. La razón es que ellos mismos se impregnan de las cosas del mundo en lugar de las de Cristo.

Del mismo modo, como el espejo, nosotros reflejamos lo que tenemos alrededor. Cuando nuestra vida se inclina hacia las cosas del mundo y no hacia las de Dios, ¿qué ven los demás? Verán que nos parecemos más al mundo que a Jesús.

Lo invito a hacer algo práctico. Ponga un espejo y una esponja en un lugar donde pueda verlos durante todo el día. Luego, cuando pase por delante, recuerde el mensaje que transmiten.

La obediencia no es legalismo

Basado en Juan 15:10

“Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando”
(Juan 15:14).

PARA QUE una vida sea cristiana tiene que ser de obediencia; no solo en los aspectos en que estamos de acuerdo, sino en todos. Aunque no practico ningún deporte, sé que los jugadores se toman muy en serio lo que les dice el entrenador. Los medallistas olímpicos tienen entrenadores que les dicen qué tienen que hacer.

Muchos opinan que en el terreno de la fe y la moral todo vale mientras se haga con sinceridad. Sin embargo, los medallistas olímpicos, además de sinceros, son disciplinados y están comprometidos. Sorprende que, en la vida cristiana, tengamos problemas con una palabra que nos haría vencedores. Ya sea en una campaña militar o en la fase eliminatoria de una competencia deportiva, la palabra ganadora es “obediencia”.

Hace algunos años, a mi esposa y a mí nos invitaron a hablar en un centro para militares adventistas ubicado en Frankfurt, Alemania. El fin de semana fue muy agradable y me sorprendió el compromiso de nuestros jóvenes con Dios y con su país.

Un joven soldado me dijo que el ejército no hace excepciones en lo que a la obediencia se refiere. Me comentó que los oficiales disciplinan a cualquier soldado que pise el césped cuando un cartel lo prohíbe. Le pregunté por qué pensaba que los oficiales eran tan estrictos. Me explicó que, en el campo de batalla, la propia vida y la de los demás dependen de si se obedecen o no las órdenes. Por tanto, la formación de un soldado, además del aprendizaje de ciertas habilidades, incluye la obediencia; cosa harto importante.

Una de las principales razones por las que la gente no consigue vencer en la vida cristiana es que, de un modo u otro, es hostil a la idea de obedecer. Imagine la situación ridícula de una formación militar en la que el sargento dice a los soldados que es absolutamente necesario que obedezcan las órdenes que se les dan y un recluta, levantando la mano, le replica: “Señor, eso es legalismo”. Al momento se encontraría aprendiendo cómo se hacen cien flexiones.

Jesús dijo: “Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor” (Juan 15:10).

Obediencia en las cosas pequeñas

Basado en Juan 15:14

“El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel; y el que en lo muy poco es injusto, también en lo más es injusto” (Lucas 16:10).

UN HOMBRE RICO pidió a sus hijos que construyeran una casa en el campo con un gallinero. El padre dijo a los jóvenes que quería que siguieran sus instrucciones al pie de la letra y que no hicieran excepciones. Les dijo que, si seguían sus instrucciones, les regalaría la propiedad. Luego se fue de viaje.

Los jóvenes pusieron manos a la obra. Buscaron un arquitecto, establecieron las condiciones y, pronto, el proyecto de construcción marchaba viento en popa. Todo iba a pedir de boca y apenas había problemas. Por último, la casa estaba casi terminada y empezaron a construir el gallinero.

Sin embargo, aquel gallinero era un problema. Su construcción no presentaba dificultad alguna pero... ¿dónde lo ponían? El padre había dejado dicho que lo quería en un lugar preciso, pero cuando los jóvenes discutieron la ubicación, pensaron que el lugar escogido no era el más adecuado porque estaba a pleno sol, sobre todo cuando el sol está en su cenit. De modo que acordaron su construcción en otro lugar. Poco después de que el proyecto se terminara, el padre volvió a casa. Estaba ansioso por ver la finca y los jóvenes por mostrársela.

Después de inspeccionar la mansión, vieron que los miraba con expresión interrogante. Finalmente, dijo:

–Muchachos, ¿dónde está el gallinero? Se suponía que iba a estar allí...

–Ah, no te preocupes, papá –dijo uno de ellos–. Está al otro lado de ese bosquecillo.

El padre respondió:

–Pero yo les dije que lo quería aquí. Cuando me fui les pedí que siguieran mis instrucciones al pie de la letra. No hicieron lo que les pedí.

–Pero, padre, nosotros hemos obedecido. Hicimos todo lo que nos dijiste que hiciéramos... excepto el gallinero, claro.

–No –dijo el padre–, no hicieron lo que les pedí. Hicieron lo que quisieron. Solo me obedecieron en lo que estaban de acuerdo conmigo; pero cuando no creyeron que yo tenía razón, hicieron lo que les apeteció.

Jesús dijo: “Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando” (Juan 15:14).

No se deje engañar

Basado en Juan 16:7 al 11

“Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio” (Juan 16:8).

¿ALGUNA VEZ alguien le ha preguntado si el Espíritu Santo está en usted? A mí, sí. Por lo general, quieren saber si usted tiene el don de lenguas. Si dice que no, replican: “Bueno... si no tiene el don de lenguas, el Espíritu Santo no está en usted”.

Hace varios años, surgió un fenómeno que se llamó “La bendición de Toronto”. Algunos de los testigos explican que quienes, supuestamente, recibían el Espíritu Santo, caían al suelo retorciéndose a carcajadas. En otras ocasiones, cuando recibían el Espíritu Santo, empezaban a ladrar como perros.

Un conocido curandero tenía su sede nacional en la ciudad donde vivo. Cada día, yendo de camino a la oficina, pasaba por delante de su iglesia. Un día vi un letrero anunciando que habría un servicio de sanación a las diez de la mañana. Me decidí a investigar.

Hubo una oración especial pidiendo la curación tras la cual se indicó a los que sentían que habían sido sanados que se adelantaran hacia el estrado. El pastor les hizo algunas preguntas y, de repente, los golpeó en el centro de la frente con la palma de la mano. Inmediatamente cayeron al suelo, mientras la congregación cantaba el himno “Desciende, Espíritu de amor”. Era todo un espectáculo.

Un amigo mío estaba hablando con un joven que insistía en que una persona debe ser capaz de hablar en lenguas como señal de que el Espíritu Santo está en ella. Mi amigo le preguntó:

–Cuando Jesús fue bautizado en el Jordán, el Espíritu Santo vino a él con la forma de una paloma, ¿verdad?

–Sí –respondió el joven–, es verdad.

Entonces mi amigo preguntó:

–¿Empezó Jesús a hablar en lenguas?

El joven dijo que no y comenzó a llorar.

–Todos estos años –añadió– he estado fingiendo.

Jesús prometió que cuando regresara al cielo enviaría al Espíritu. Vea cuál sería el primer resultado: “Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio” (Juan 16:8).

Este texto me recuerda que cuando el Espíritu Santo me llama al arrepentimiento, es más probable que lllore a que caiga al suelo. No se deje engañar por un espectáculo.

Un solo cuerpo

Basado en Juan 16:7 al 11

“Hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al hombre perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” (Efesios 4:13).

EL CUERPO ESTÁ compuesto de unos cien mil millones de células: óseas, musculares, sanguíneas, nerviosas, etcétera. Todos estos tipos de células se renuevan constantemente, a excepción de las neuronas, que forman los nervios y el cerebro. Sin embargo, parece como si el cuerpo conociera cada una de ellas por su nombre. El cuerpo reconoce inmediatamente cada célula, como propia o extraña, tanto si es una neurona como una célula sanguínea recién creada.

Cuando una célula, o un grupo de ellas, procede del exterior, como en el caso de un corazón trasplantado; a pesar de que, en todos los aspectos sea idéntico a las del propio corazón original; y a pesar de que el nuevo corazón late al ritmo correcto, el cuerpo rechaza las células importadas y se moviliza para destruirlas.

Aunque cada una de los cien mil millones de células del cuerpo es, en cierto sentido, un organismo vivo separado, de hecho, su existencia continuada depende totalmente de las relaciones que mantienen las unas con las otras y todas con el cuerpo entero. El secreto de su unidad es una molécula en forma de escalera llamada ADN.

El ADN se replica a sí mismo, de manera que cada nueva célula dispone de una copia exacta e idéntica. Aunque, con el tiempo, las células se especializan, cada una de ellas atesora un libro de instrucciones compuesto por cien mil genes. Todas poseen un código genético completo, por lo que bastaría con la información almacenada en una sola célula para reconstruir el cuerpo entero.

Hay otro cuerpo que no es físico, sino espiritual. Es la iglesia. Así como el cuerpo físico es uno, Jesús oró para que la iglesia fuera una. “Yo les he dado la gloria que me diste, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado” (Juan 17:22, 23).

Esta unidad nos alcanza en la medida en que permitimos al Espíritu Santo que nos selle con lo que podríamos llamar el ADN espiritual. Entonces, con Cristo como cabeza, somos uno. Siendo uno en Cristo, trabajaremos para su gloria y por el bien de los demás.

No mire atrás

Basado en Juan 16:33

“En el mundo tendréis aflicción, pero confiad, yo he vencido al mundo” (Juan 16:33).

ME HE DADO CUENTA de que, cuando manejo, tiendo a girar el volante hacia la dirección en la que miro. Esto significa que si me fijo en un automóvil estacionado en el margen de la vía es probable que gire peligrosamente en su dirección.

En la vida cristiana también vamos en la dirección hacia la que miramos. A veces dedicamos más tiempo a pensar en el pecado que en lo que hacemos para convertirnos en cristianos victoriosos. Muchos conocen mejor la historia de David y Betsabé que la de José y la esposa de Potifar. Han olvidado que Jesús, además de estar dispuesto a perdonarnos, quiere ayudarnos a vencer la tentación.

Cierta noche, un hombre importante llamado Nicodemo, un príncipe de los judíos, se acercó a Jesús. Este le dijo que para vivir una vida cristiana victoriosa era preciso nacer de nuevo. Esto significa que tenemos que dejar atrás la antigua vida y volver a empezar. Un bebé recién nacido apenas está en el inicio de su vida; por tanto, cuando nacemos de nuevo por el Espíritu Santo, es como si volviéramos a empezar a vivir. El apóstol Pablo dijo: “Las cosas viejas pasaron; todas son hechas nuevas” (2 Cor. 5:17). Sospecho que la razón por la que muchos tienen problemas en la vida cristiana es que, cuando acudieron a Jesús, antes de nacer de nuevo, parece como si partieran desde el mismo punto donde se encontraban.

Empezar de nuevo no implica que, desde ese momento, vayamos a librarlos de todos los problemas. La realidad es que, no solo tendremos problemas, sino que es probable que tengamos aún más problemas que antes. Jesús dijo: “En el mundo tendréis aflicción” (Juan 16:33).

Sin embargo, en lugar de fracasar, aprenderemos a crecer en la gracia y a salir victoriosos. Cuando crezcamos en la gracia el Señor nos hará victoriosos. Me gusta el texto que dice: “No os ha sobrevenido ninguna prueba que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser probados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la prueba la salida, para que podáis soportarla” (1 Cor. 10:13).

Con la ayuda de Jesús usted puede ser vencedor.

“No toquéis lo impuro”

Basado en Juan 17:13 al 15

“Por lo cual, `salid de en medio de ellos y apartaos`, dice el Señor, `y no toquéis lo impuro; y yo os recibiré” (2 Corintios 6:17).

EN OHIO, el estado donde crecí, hay una planta cuyas hojas contienen un aceite venenoso. Se trata de la hiedra venenosa. Como crece por todas partes, era inevitable que, jugando, tocara las hojas y, en consecuencia, el aceite entrara en contacto con mi piel. El aceite venenoso causa una terrible urticaria y picazón. Que yo sepa, no hay cura. Lavar con agua y jabón la zona afectada puede ayudar; pero, a veces, lo único que se consigue es esparcir más el aceite y afectar otras partes del cuerpo. Hay pomadas que ayudan a reducir la picazón, pero el veneno tiene que seguir su curso.

El aceite es tan penetrante que una persona se puede contaminar con tan solo estar expuesta al humo de la planta quemada. Un amigo mío arrancó un poco de hiedra venenosa de su propiedad y la quemó. Por desgracia, el humo lo rodeó y la erupción fue tal que tuvo que ir al hospital. He llegado a oír historias de personas que se han contaminado por acariciar animales que tenían aceite venenoso en el pelaje.

Por suerte, hace años que en casa ya no hay hiedra venenosa; aunque estoy seguro de que todavía me produciría alergia. La razón por la que, a estas alturas de la vida, no me contamina es que sé qué aspecto tiene y me aparto de ella. Entonces, ¿cuál es el secreto para no sufrir los efectos de la hiedra venenosa? ¡El secreto es mantenerse alejado de ella!

La vida responde a la ley de la causa y el efecto. Si no sabemos qué causa ciertas cosas, pasaremos por la vida sufriendo sus efectos. A veces nos gastamos verdaderas fortunas tratando los efectos, mientras prestamos poca atención a las causas. Otras, aun sabiendo la causa, cuando se nos pasa la picazón, volvemos a aquello que nos causó el sufrimiento.

Si queremos obtener la victoria sobre el pecado, tenemos que permanecer alejados de los lugares donde sabemos que está el pecado. “Por lo cual, `salid de en medio de ellos y apartaos`, dice el Señor, `y no toquéis lo impuro; y yo os recibiré” (2 Cor. 6:17).

Mentalidad de gladiador

Basado en Juan 17:14 y 15

“Ahora, pues, dad gloria a Jehová, Dios de vuestros padres, haced su voluntad y apartaos de los pueblos de las tierras y de las mujeres extranjeras” (Esdras 10:11).

LOS HIJOS DE DIOS tienen que tomarse en serio lo que las Escrituras dicen en 1 Timoteo 2:9 y 10: “En cuanto a las mujeres, quiero que ellas se vistan decorosamente, con modestia y recato, sin peinados ostentosos, ni oro, ni perlas ni vestidos costosos. Que se adornen más bien con buenas obras, como corresponde a mujeres que profesan servir a Dios” (NVI).

Los apóstoles no reforzaban las normas culturales de su tiempo. De hecho, hacían justo lo contrario. Cuando Pablo escribió estas palabras, las mujeres romanas utilizaban, virtualmente, todos los tratamientos de belleza que usan las mujeres de hoy en día.

Las mujeres romanas empezaban el día arreglándose el cabello y maquillándose. Se pintaban los labios, se ponían sombra de ojos y pestañas postizas, se cubrían el cutis con polvos blancos y en las mejillas se ponían colorete. Sus peinados eran elaborados y se componían de rizos, flequillos y trenzas; hasta tal punto que algunas llevaban peluca.

Las mujeres romanas adornaban el resto de su cuerpo tanto como sus rostros. Cuando salían, solían lucir joyas y, a menudo, llevaban uno o varios costosos anillos en todos los dedos de las manos.

Además de ser extravagantes en el vestido, los romanos de clase alta disfrutaban de mucho tiempo libre. Llenaban las tardes y los días de fiesta con opíparos banquetes que podían durar hasta diez horas, funciones de teatro y acontecimientos deportivos.

El teatro romano seguía el modelo del griego. Las escenas preferidas del público se basaban en los crímenes, el adulterio y la inmoralidad. Lactancio, un cristiano del siglo III, escribió: “Efectivamente, las comedias hablan de estupro de doncellas o de amores de meretrices [...]. De igual forma, las tragedias meten por los ojos parricidios e incestos de reyes malvados” (Lucio Celio Firmiano Lactancio, *Instituciones divinas* VI, 20, 27-28; Trad. E. Sánchez Salor, Madrid: Gredos, 1990).

Los juegos del circo y el anfiteatro estaban diseñados para saciar la eterna sed de violencia, brutalidad y sangre de los romanos. Las brutales carreras de cuadrigas eran su pasatiempo favorito. Durante las carreras era inevitable que los carros chocaran y que los aurigas fueran arrastrados hasta morir o atropellados por sus contrincantes.

En la actualidad, la televisión muestra juegos de computadora que simulan la violencia de los juegos de la Roma antigua. La televisión que ve un cristiano medio es incompatible con una vida cristiana. Hágase el propósito de no ver nada en televisión que no honre y glorifique a Dios.

¿Qué aspecto tiene?

Basado en Juan 17:14 y 15

“¿De qué le aprovechará al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?” (Marcos 8:36).

ANTES DE casarnos, mi esposa y yo tuvimos varios novios cada uno. Sin embargo, al casarnos nos prometimos fidelidad mutua. Eso significaba, por así decirlo, que teníamos que dejar el resto del mundo, las otras mujeres y los otros hombres, y unirnos uno al otro. Nuestro compromiso de fidelidad mutua tuvo un efecto inmediato sobre nuestra vida.

Cuando una persona entrega su vida a Jesús, vivirá de manera distinta a quienes no lo han hecho. Por eso la Biblia dice que los hijos de Dios comen, beben y lo hacen todo para gloria de Dios (1 Cor. 10:31).

Durante algunos años, Betty y yo enseñamos en una escuela y seminario cerca de Lahore, en Pakistán. En aquella región del mundo es frecuente que alguien le explique a otra persona cómo vive, a qué tribu o grupo lingüístico pertenece e incluso qué religión practica por la manera como se viste. Por ejemplo, es fácil reconocer a los encantadores de serpientes, porque siempre llevan un turbante de color naranja y un cesto con una serpiente dentro.

Si los pederastas y los violadores llevaran una corbata naranja, la gente se lo pensaría dos veces a la hora de comprarse una. Quienes son sinceros consigo mismos reconocerán que muchos de los estilos de vestir, modos de hablar y expresiones faciales actuales siguen el modelo de gente cuyo estilo de vida es incompatible con el de un seguidor de Cristo. La forma en que una persona se viste es una declaración de quién es o desea ser. Dios nos dio instrucciones precisas para que los que buscan la santidad se distingan de los que no la buscan.

En gran medida, el Antiguo Testamento es la historia de lo que les sucedió a los hijos de Israel cuando empezaron a vivir como las naciones vecinas. La historia bíblica enseña que cuando los cristianos empezaron a vivir y vestirse como sus contemporáneos pronto dejaron de amar a Dios. En la Biblia se nos dice: “No améis al mundo ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él” (1 Juan 2:15).

¿Puede la gente decir que usted es cristiano por su aspecto?

No salga del camino

Basado en Juan 17:14 al 17

“Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe”
(Hebreos 12:2).

EN 1996 ME compré un Chevrolet Lumina nuevo. Algunos podrían decir que la compra de un automóvil nuevo no es una buena idea. Pero es que el último ya tenía más de diez años al momento de comprarlo. Mi mujer lo condujo durante catorce años y estaba satisfecha. Por tanto, puede ver que a mí, los automóviles me duran mucho.

Un día, en Nueva York, iba en uno de los cientos, si no miles, de taxis de color amarillo canario que circulan por sus calles. Me interesó saber cuántos kilómetros esperaba hacer el taxista con su vehículo. Cuando le pregunté, respondió: “Tengo la intención de que me dure 400.000 kilómetros”. No pude resistir preguntarle cómo llegaría a hacerlos. Me comentó que procura que el motor esté siempre refrigerado y bien lubricado. Entendí lo que quería decir. Mantener el motor refrigerado y cambiar el aceite es esencial para evitar problemas.

Cuando compré el Lumina, venía con un manual del propietario. El manual explica lo que hay que hacer para mantener el coche en buenas condiciones. Además, estoy seguro de que hay un manual de reparaciones para explicar al mecánico qué tiene que hacer para reparar una avería.

Todo esto ilustra algunos aspectos importantes de la vida cristiana. Por ejemplo, la Biblia es nuestro manual de reparaciones, así como de mantenimiento. Lamentablemente, muchos cristianos prestan más atención a cómo reparar la vida cristiana que a cómo mantenerla. Algunos de nosotros prestamos más atención a cómo *salir* de un mal paso que a cómo *mantenernos* apartados de los problemas. Algunos parecen estar más centrados en qué hacer cuando se han salido de la carretera que a cómo hacer para que la vida cristiana no se salga de ella.

Gran parte de lo que nos pasa en la vida cristiana es el resultado de una mala conservación. Con frecuencia, no prestamos mucha atención a lo que sucede en nuestra vida espiritual y por eso nos preguntamos por qué nos alcanzó tal desgracia.

En la vida cristiana, si miramos a lado y lado, a las cosas del mundo, nos saldremos de la carretera. La persona que mira a las cosas del mundo pronto entrará en el mundo. Sin embargo, si miramos a Jesús, nos quedaremos en la carretera.

Usted es un embajador

Basado en Juan 20:21

“Vosotros sois mis testigos”, dice Jehová, “y mi siervo que yo escogí, para que me conozcáis y creáis y entendáis que yo mismo soy; antes de mí no fue formado dios ni lo será después de mí” (Isaías 43:10).

JESÚS nos envió para que seamos sus representantes ante el mundo que nos rodea. Somos sus embajadores. Busqué la descripción del cargo de embajador, o representante, de una Cámara de Comercio. Me gustaría que usted la lea cuidadosamente. Mientras la lee, trate de pensar en las similitudes que presentan con lo que Jesús nos pidió que hagamos como sus embajadores. Verá que he incluido algunas sugerencias.

Empleo de embajador, descripción y declaración de misión:

Tres prioridades

1. Una actitud correcta

- a. Los embajadores actúan en nombre de la Cámara [del Reino de Dios]. No se refieren a sus asuntos personales, sino a la Cámara y el modo en que puede colaborar en las relaciones entre los distintos miembros [“enseñar a todas las naciones”].
- b. Los embajadores son positivos y amables, a la vez que se preocupan por los miembros.
- c. Su profesionalidad es probada.

2. Disponibilidad

A lo largo del año, los embajadores asisten a tantos acontecimientos y actos de la Cámara como pueden, incluidas las reuniones mensuales de embajadores [asistencia a la iglesia cada sábado].

3. Compromiso

- a. Cuando un embajador se compromete a asistir a un acontecimiento, la gente cuenta con él.
- b. Cuando se compromete a hacer contactos, a entregar información o a servir como representante de la Cámara, la gente cuenta con él.

Funciones y responsabilidades

1. Estrella

- a. Un embajador es como un actor de reparto, cuyo trabajo es hacer que la otra persona se convierta en “la estrella” [una pista: esta persona sería Jesús].
- b. Un embajador brilla con entusiasmo, con actitud mental positiva e ilumina los distintos acontecimientos y actividades en los que participa.

2. Apoyo

- a. Un embajador apoya a otros miembros.
- b. Un embajador apoya a la Cámara representándola, comunicando sus mensajes más relevantes a los miembros y a la comunidad. Apoya a otros embajadores fomentando las energías positivas.

Ser embajador de Jesús es un gran privilegio.

El Rey doliente

Basado en Isaías 53:1 al 12

“Verá el fruto de la aflicción de su alma y quedará satisfecho; por su conocimiento justificará mi siervo justo a muchos, y llevará sobre sí las iniquidades de ellos” (Isaías 53:11).

NOS ENCONTRAMOS en el prelude de una serie de grandes celebraciones. Los niños sueñan con recibir el mejor regalo del año. Los comerciantes decoran las vitrinas de la manera más atractiva. Los hombres adornan las casas con luces de colores. Las mujeres hornean galletas y dulces. Por todas partes se oyen villancicos y canciones navideñas. Todo está impregnado de una atmósfera festiva. ¿Qué tiene que ver todo esto con el nacimiento de Jesús?

Los antiguos patriarcas esperaban la venida de un Mesías, pero no se imaginaban que vendría con la forma de un bebé. La opinión de la gente estaba dividida. Algunos decían que, según la profecía, vendría como un rey conquistador y quebrantaría el yugo de los opresores romanos. Esta era probablemente la creencia más popular. Se sentaría en el trono de David y gobernaría con mano de hierro. Su reino no tendría fin. Esas personas veían el futuro con mucho optimismo.

Había otros que también leían las profecías y sospechaban que el futuro sería incierto y tenebroso. Estudiando Isaías 53 llegaron a la conclusión de que el Mesías no vendría como un rey conquistador, sino como un rey doliente. Obviamente, este punto de vista no era muy popular.

A lo largo de los siglos, la mayoría de los judíos se había creado una imagen del Mesías y no estaban dispuestos a aceptar a nadie que no encajara en ella. Aunque fueran un pueblo oprimido y en el exilio, eran un pueblo orgulloso. Tenían una herencia brillante y creían que el Mesías los restauraría a su grandeza.

Pero Dios tenía otros planes. Amaba a su pueblo escogido y estaba dispuesto a trabajar junto a ellos para restaurar su propia imagen, no la grandeza de ellos. Definitivamente, sus caminos no son nuestros caminos. ¿Quién podía adivinar sus planes?

Poco sabían ellos –poco sabemos nosotros– que la salvación solo se cumple a la manera de Dios. El rey tenía que morir sufriendo por nuestros pecados y, al hacerlo, justificaría a muchos porque cargaría con sus iniquidades. Esta es la verdadera historia de la Navidad. Fue el mejor regalo que el mundo jamás recibirá.

Nochebuena

Basado en Lucas 2:1 al 20

“De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna” (Juan 3:16).

NOCHEBUENA DE 2012

Por fin hemos terminado las compras. ¡Cuánto ajeteo! Había tanta gente, que apenas podíamos movernos. Este año hemos tenido que comprar docenas de regalos porque vienen a casa mi cuñada y su familia. Parece como si cada año gastásemos más dinero. Nos habría gustado contribuir con una buena cantidad al fondo de beneficencia para los pobres de la iglesia, pero no nos ha sobrado ni un centavo.

Eso sí, los regalos están estupendamente envueltos y lucen preciosos al pie del árbol de Navidad. No tendríamos que haber comprado un árbol tan grande; cuesta mucho decorarlo. Pero los niños lo querían así y no podíamos defraudarlos.

Las velas y el popurrí esparcen un perfume muy agradable por la casa. Me parece que la cena ya está casi lista y que tiene el aspecto de un gran banquete. ¡Ah! Sentado en mi sillón favorito con los pies levantados, escuchando un CD de villancicos, es la manera perfecta de celebrar la Navidad.

Nochebuena en Belén, hacia el 4 a.C.

Estoy muy cansado y sé que María también está extenuada. Hemos viajado durante semanas para venir a Belén e inscribirnos en el censo. Es el momento más inoportuno. ¡Ojalá hubiera podido encontrar una habitación acogedora para pasar la noche! No puedo creer que estemos durmiendo en un establo. ¿Qué pensarían los padres de María? Y ella, la pobre, con el embarazo tan adelantado.

¿Qué sucede, María? ¿Ha llegado el momento? ¿Aquí, en el establo? ¿Y ahora qué hacemos? Iré a la posada, a ver si encuentro una comadrona.

Sin cama, solo paja; no hay sol, solo sombras oscuras. Y no tenemos mantas, solo harapos. Ni hablar de popurrí, aquí solo se huele el hedor del ganado. Ni siquiera se oye un canto, solo las bestias rumiando. En lugar de un festín caliente, solo disponemos de un mendrugo de pan que sobró de la mañana. ¿Qué decir de la familia? Nadie, solo extraños curiosos. Los regalos costosos brillan por su ausencia, solo hay un bebé recostado en la paja.

Así fue la primera Navidad. Pero en toda la historia del mundo, nunca hubo un regalo más precioso o caro que este. El trono que se yergue junto al Padre está vacío. “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna” (Juan 3:16).

Navidad

Basado en Lucas 2:1 al 20

“Porque un niño nos ha nacido, hijo nos ha sido dado, y el principado sobre su hombro. Se llamará su nombre `Admirable consejero`, `Dios fuerte`, `Padre eterno`, `Príncipe de paz`” (Isaías 9:6).

NAVIDAD DE 2012

Oigo a los niños abriendo los regalos. La sala está llena de risas y alegría. Una está probándose el vestido nuevo, otro está armando un juguete y otro prueba el videojuego. Por el olor adivino un desayuno especial. Me pregunto cuántas cestas de alimentos para los pobres habrá repartido este año la iglesia. Me habría gustado haber hecho más para ayudar.

Creo que debería ayudar a recoger todos estos envoltorios y cintas de regalos que los niños han esparcido por el suelo. Es una lástima que unos envoltorios tan caros se destruyan con tanta rapidez.

Hijo, ¿por qué lloras? ¿Qué dices, que el juguete nuevo se ha roto? Me sabe mal, porque era muy caro. Dicen que nada dura para siempre. Quizá te regalen otro el día de tu cumpleaños. Oigo que llaman a la puerta. Ah, quizás son tus tíos y tus primos pequeños. Ve y ábreles. Por lo menos tendrás a alguien con quien jugar. ¿Qué sería de la Navidad sin la familia?

Navidad en Belén, hacia el 4 a.C.

El bebé está llorando. Quizá tenga frío. O puede que hambre... Creo que esta mañana, cuando salieron de la cuadra, lo despertaron los animales. A la ro, ro... Deja que te envuelva en mi manto. El sol pronto calentará la tierra y entonces ya no tendrás tanto frío. Mamá todavía duerme. Para ella la noche ha sido agotadora.

Pequeñín, ni te diste cuenta de unos pastores que vinieron anoche. Algún día te hablaré de ellos. Fue extraño. Llegaron poco después de que tú nacieras. Estábamos tan ocupados cuidando de ti que al principio ni los vi. Se asomaron a la entrada del establo. Luego, cuando te vieron, juntaron las manos como si oraran y se arrodillaron en la paja.

Les pregunté cómo sabían que aquí había un bebé y me dijeron que los ángeles se lo habían contado. ¿Te lo imaginas? Nadie más sabe de ti, solo los ángeles.

(Y José se inclinó y besó el rostro de Dios.)

Segundo día de Navidad

Basado en Lucas 2:1 al 20

“Daré a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados” (Mateo 1:21).

SEGUNDO DÍA DE NAVIDAD DE 2012

No soporto ver las luces de Navidad en todas partes. El árbol se cae a pedazos y entorpece el paso. Tengo el estómago revuelto. Creo que comí demasiados dulces. Estoy harto de escuchar a los niños que gritan y ríen y, al minuto, discuten y lloran. Todo el mundo parece inquieto y aburrido y yo estoy cansado de tener que compartir el baño con los invitados. Muchos de los juguetes nuevos o están rotos o han ido a parar al baúl de los juguetes. Incluso me molestan los villancicos y las canciones navideñas. ¡Ojalá pudiera quitar estos horribles adornos!

Segundo día de Navidad en Belén, hacia el 4 a.C.

Los animales han salido y estarán en el campo todo el día; al irse, levantaron una buena polvareda y armaron un buen alboroto con tanto balido. Empezamos a establecer una rutina: despertar, comer, limpiar, dormir, despertar, comer, limpiar, dormir... Este establo es tan poco adecuado... Me pregunto cuándo podremos volver a casa. Hoy fui a la ventanilla del censador para inscribirnos. Aunque llegamos dos, registré a tres. Sí, claro: aunque es un bebé, también es una personita. Nuestros nombres ya están en la lista: José, María y Jesús.

No sé cómo sucede, pero el bebé hace que el establo se llene de amor. Es un bebé muy bueno y sin defectos. Lloro cuando tiene hambre, cuando está cansado o cuando tiene frío. Con todo, es bueno, muy bueno.

Apenas he tenido tiempo de pensar en lo que ha sucedido estos últimos días. El ángel que se me apareció aquella noche dijo que María alumbraría a un bebé y que eso formaba parte de los designios de Dios. No entiendo nada, pero sé que hay algo sobrenatural en este niño.

Miro a María mientras mece al bebé en sus brazos. Parece como si supiera qué hacer desde el nacimiento. Sin embargo, yo tengo un sentimiento extraño. Es mi Hijo y, a la vez, no lo es. El ángel me dijo incluso cuál tenía que ser su nombre. Me dijo que lo llamáramos Jesús, porque salvará a su pueblo de sus pecados.

Señor, ayúdame a ser el padre terrenal que Jesús necesita.

Ayúdame a criarlo y formarlo para la obra que vino a hacer.

No se enoje

Basado en Apocalipsis 3:19

“Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina?”
(Hebreos 12:7).

TENGO UN NIETO de once años. Los últimos años ha desarrollado una afición. Le gusta hacer fuegos artificiales. Esto significa que tiene que manejar productos químicos explosivos. Aunque es joven, ha aprendido mucho de química. Pero eso conlleva peligros. El otro día, mi hijo y yo hablábamos al respecto. Nos preocupa que algún día se queme o se lesione los ojos. Tiene poca experiencia con los explosivos y, a su edad, los niños no siempre son prudentes.

Pues bien, ¿qué puede hacer su padre (mi hijo) ante ese problema? Una posibilidad es ignorarlo y dejar que haga lo que quiera. Otra posibilidad es prohibirle totalmente que haga fuegos artificiales. Todavía hay otra posibilidad: dejar que siga, pero bajo estricta vigilancia.

Por supuesto, a nuestro nieto le gustaría que su papá lo dejara hacer lo que quisiera. Pero, puesto que mi hijo ama a su niño, lo disciplinará. Es decir, que hará todo lo que pueda para impedir que su hijo se ponga en peligro. Y no lo hará por sí mismo, sino por el bien de su hijo, porque lo ama.

A veces, los cristianos hacemos cosas o vamos en una dirección que tarde o temprano acabará por dañar nuestra vida espiritual. Por supuesto, Jesús podría no hacer nada y dejar que suceda. Pero, de actuar así, no sería nuestro amoroso Salvador. Puesto que somos sus hijos, está especialmente interesado en nosotros: no quiere que nos extraviemos de camino al cielo.

Unas veces permite que suframos las consecuencias de las decisiones que tomamos. Otras, permite que en la vida se nos tuerzan las cosas con el fin de que volvamos al camino correcto.

Cuando sienta la tentación de preguntar “¿por qué?”, piense en el versículo de hoy. Aquí tiene otro: “Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso y arrepíentete” (Apoc. 3:19).

Señor de señores

Basado en Lucas 19:29 al 44

“El séptimo ángel tocó la trompeta, y hubo grandes voces en el cielo, que decían: `Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos’”
(Apocalipsis 11:15).

AL CUMPLIR LAS ESCRITURAS con su entrada triunfal en Jerusalén, Jesús también mostró lo que sucederá en el futuro. Nuestro Señor no siempre será rechazado. En el futuro habrá días de triunfo. “La piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser la cabeza del ángulo” (Sal. 118:22). Espero el día en que los reinos de este mundo se convertirán en los reinos de nuestro Señor y de su Cristo. Y mire, ¡yo estaré allí!

Él se sentará en el trono de David, su padre, y su reino no tendrá fin. El Señor reinará por los siglos de los siglos. ¡Aleluya! ¿Acaso no le dijo Dios el Padre: “Pídemelo, y te daré por herencia las naciones y como posesión tuya los confines de la tierra” (Sal. 2:8)? En ese día, el que fue rechazado de los hombres será la gloria de su pueblo.

Imagine la alegre procesión, subiendo por la colina hasta el trono de su Padre. Tras él iremos los que, en él, vinimos desde los confines de la tierra. Los patriarcas se unirán a los apóstoles y los profetas andarán junto a los mártires. Usted y yo también caminaremos junto a ellos. Todos a una voz entonarán el mismo cántico: “¡Hosana al hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!” (Mat. 21:9). Por tanto, en la entrada del Señor por las calles de la antigua Jerusalén, tenemos una visión de las glorias extraordinarias que le esperan en la Nueva Jerusalén, donde se sentará en el trono y sus enemigos serán su escabel (Mat. 22:44).

Apreciado lector, no podemos permitir que nada nos distraiga de este magno acontecimiento. El día que entró en la Jerusalén terrenal, Jesús tenía enemigos; en la tierra, nosotros también los tendremos. Pero vendrá un día mejor. Por su gracia estaremos allí y uniremos nuestra voz al coro de los redimidos. Oro para que, además de nosotros, también estén nuestras familias y nuestros hijos.

Alguien está a la puerta

Basado en Apocalipsis 3:20

“Yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él y cenaré con él y él conmigo” (Apocalipsis 3:20).

CUANDO TIENE VACACIONES en la universidad y está en casa, Kristie, una de nuestras nietas, trabaja a tiempo parcial en una tienda de alimentos naturales. El otro día, cuando Betty y yo fuimos a su tienda para comprar algunas cosas, me di cuenta de que, cuando nos acercamos a la puerta, se abrió automáticamente. Esto no es nada sorprendente, porque en casi todas las tiendas a las que vamos a comprar hay puertas automáticas, si no para entrar, al menos para salir. Las puertas automáticas, las escaleras mecánicas, los ascensores y los automóviles son tecnología que elimina cualquier oportunidad de hacer ejercicio. Pero esa es otra historia. Ahora solo hablamos de puertas automáticas.

Una cosa es segura: En casa no hay puertas automáticas. Nuestra puerta está siempre cerrada, día y noche. Pero tenemos timbre. Quien venga a vernos tiene que golpear la puerta o hacer sonar el timbre. Si no esperamos visitas, miramos por el cristal de la puerta para ver quién es. A veces, abro la puerta pero, si no veo quién es, no la abro del todo. Hay ocasiones en que uno de nuestros hijos dice: “Soy yo” y abrimos la puerta de par en par.

Jesús dice que está a la puerta y llama. Por supuesto, se refiere a la puerta de nuestra vida. Si vemos que es él y le abrimos el corazón, entrará como nuestro invitado.

Cuando Jesús viene a nuestra casa no hay una puerta automática que se abre. Entregar la vida a Jesús no es cosa que se haga de forma automática. Algunas puertas se abren tecleando un código o pasando una tarjeta. Pero Jesús no marca un código ni usa una tarjeta. Solo entrará si nosotros mismos le abrimos la puerta y lo invitamos.

Hay quien hace como si no estuviera en casa cuando quien llama es alguien que no le cae simpático. Con Jesús eso no funciona. Él sabe que estamos y llama.

Jesús, oigo que llamas. Gracias por tener tanta paciencia. Entra, eres bienvenido.

Su amor es como el oro

Basado en Apocalipsis 3:14 al 18

“Mía es la plata y mío es el oro”, dice Jehová de los ejércitos”
(Hageo 2:8).

HACE ALGUNOS AÑOS, mi esposa y yo visitamos Sudáfrica, el mayor productor mundial de oro. Uno de nuestros amigos nos preguntó si nos gustaría visitar una mina de oro abierta recientemente. Nos encantó la idea.

Entramos en un ascensor y bajamos al fondo de la mina. La mina ya tenía 1.600 m de profundidad y se esperaba profundizar otros 1.600 m más. La roca aurífera es arrancada y transportada a la superficie donde se reduce a polvo. Uno de los métodos empleados para obtener el oro es calentando ese polvo en un horno que está a una temperatura muy elevada.

Un viejo refrán dice: “No es oro todo lo que reluce”. Por ejemplo, el mineral pirita tiene un brillo parecido al del oro y un color amarillo metálico. A menudo se confunde con el oro y, por lo tanto, se la llama el “oro de los tontos”.

A algunos cristianos se los podría llamar “cristianos tontos”. Son tontos, no porque engañen a nadie, sino porque se engañan a sí mismos. Definitivamente, no engañan a Jesús, porque él afirma: “Tú dices: ‘Yo soy rico, me he enriquecido y de nada tengo necesidad’. Pero no sabes que eres desventurado, miserable, pobre, ciego y estás desnudo. Por tanto, yo te aconsejo que compres de mí oro refinado en el fuego para que seas rico” (Apoc. 3:17, 18). El oro representa el amor, el fundamento del gobierno de Dios.

Jesús se refería específicamente a los laodicenses. La palabra “laodicenses” significa “personas que deciden por sí mismas”. Pueden ser lo que les apetezca en el momento que crean oportuno sin necesitar la ayuda de Dios ni de nadie. A ellos Jesús les dice: “Piensan que son oro y no son más que pirita, el oro de los tontos. Les ruego que vengan a mí y compren oro auténtico, probado en fuego y puro al 100%. No del de Sudáfrica, sino del mío”.

El consejo de Jesús no es para una iglesia, es para nosotros, usted y yo.

Él tiene las llaves

Basado en Apocalipsis 1:17 y 18

“Yo soy el primero y el último, el que vive. Estuve muerto, pero vivo por los siglos de los siglos, amén. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades” (Apocalipsis 1:17, 18).

MEDÍA DOS METROS. Su cabello era oscuro y sus ojos azules. Nació en 1915, tenía cinco hermanos y fue educado en el adventismo. Se casó a los 24 y, al cabo de un año, vine yo. Mi padre era ministro del evangelio y su primer destino fue como director de los Ministerios de Iglesia de la Asociación de Kentucky-Tennessee, con sede en Nashville, la capital de Tennessee.

Recuerdo que solía sentarme en su rodilla y me hacía saltar como si fuera montado en un caballo. Yo me agarraba con fuerza mientras él imitaba el galope de un vaquero a lomos de su caballo.

Papá solía contarme las historias que se inventaba de un conejo que siempre se las apañaba para escaparse del zorro que lo perseguía. Mi padre me inspiró para que lo siguiera en el ministerio.

Pasaron los años. El cabello de papá empezó a volverse gris cuando todavía estaba en mitad de la treintena, cosa que le daba un aspecto distinguido. Ganar almas era su pasión. Así como algunos hombres tienen aficiones, la de papá, y también su trabajo, era ganar almas para Jesús.

Y pasaron más años. Ya tenía bisnietos. Y luego vino la enfermedad de Parkinson. Doy gracias porque mi hermana menor se hizo cargo de él hasta su último día. Lo echo de menos. También echo de menos a mi madre. Por eso, el versículo para memorizar de hoy significa tanto para mí: “Yo soy el primero y el último, el que vive. Estuve muerto, pero vivo por los siglos de los siglos, amén. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades” (Apoc. 1:17, 18).

Job dijo: “El hombre que muere, ¿volverá a vivir? Todos los días de mi vida esperaré, hasta que llegue mi liberación” (Job 14:14). Sí, volveremos a vivir. Mi padre y mi madre volverán a vivir. Sus seres queridos volverán a vivir. Estamos a punto de comenzar un nuevo año. No sabemos qué nos deparará. Pero, sea lo que sea, sabemos que un día tendremos ante nosotros, no un año nuevo, sino un cielo nuevo y una tierra nueva porque Jesús tiene las llaves.

¡Maranata!